

NECROLOGIA

DON VALENTIN DE ZUBIAURRE

POR

EL MARQUES DE LOZOYA



D. VALENTÍN DE ZUBIAURRE.

LA ausencia del finado Valentín de Zubiaurre en nuestra Corporación es para mí motivo de entrañable y hondísima tristeza. Todos lamentamos la pérdida de uno de los más grandes artistas de la generación que pudiéramos llamar “de Alfonso XIII”; pero, además de la parte que me corresponde como español en el duelo nacional, he de advertir siempre la sensación dolorosa de haberse roto uno de los escasos vínculos que aún me enlazaban con mi ya remota mocedad.

El recuerdo de Valentín está inseparablemente unido al de un tiempo que no por pasado fue mejor, sino porque era en él la vida más fácil y menos angustiosa: a mis primeros escarceos por los campos de la literatura y del arte en los años juveniles en que las emociones que despierta lo bello se graban hondamente en el alma como si fuesen escritas con un estilo sobre cera virgen. Unidos por una estrecha comunidad de ideales me amó con cariño fraternal y fraternalmente le quise. Por esto en mis palabras serán más copiosos los recuerdos personales que los escuetos datos biográficos y aún que los intentos ponderativos de la amplia y admirable producción de aquel estimadísimo compañero.

Allá por los años en que se iniciaba la primera década del siglo actual se presentaron en mi Segovia nativa dos jóvenes pintores hermanos por la sangre y aún más por su vocación al arte y por su común desventura. Estos dos muchachos sufrieron lo que yo he llamado alguna vez “el susto de Segovia”, esto es, el fuerte impacto que produce en almas sensibles la primera visión de una ciudad maravillosa, acaso no muy conocida. De los dos hermanos, Ramón, cuyo tema casi exclusivo fue la Vasconia montañesa y marinera, no se dejó captar por el embrujo de Castilla y retorna a sus remeros, a sus campesinas y a sus versolaris, pero para Valentín los

ocasos en que el incendio del poniente se refleja en las piedras milenarias de la ciudad fueron una revelación a la cual había de ser fiel toda su vida.

En la plaza más señorial, entre tantas como contribuyen al encanto urbano de Segovia, había un gran palacio en el cual se recataban tres hermanos, último vestigio de un gran linaje, dos de los cuales eran sordomudos también. La llegada de Valentín, con su arrolladora simpatía personal, con el acervo enorme de sus impresiones y de sus recuerdos —había recorrido ya toda Europa—, fue un acontecimiento de singular trascendencia. Fue, desde entonces, la vida más grata en el viejo palacio de los Condes de Cheste, verdadero museo de la ostentación isabelina. El Conde, sordomudo, tuvo un compañero que abrió a la limitación de su desgracia horizontes maravillosos e inesperados.

La tertulia en aquellas calendas fue el gran recurso en las ciudades de provincia, carentes por completo de otro género de distracciones. En las largas noches de invierno era grato conversar en torno al fuego. Contertulio habitual de la casa de Cheste, trabé en seguida con el pintor sordomudo estrecha amistad, que no se ha interrumpido por espacio de más de medio siglo. Me complacía extraordinariamente el ser compañero habitual en paseos y excursiones del artista ya famoso. Juntos gozamos de la emoción de las villas segovianas —Sepúlveda, Pedraza, Turégano—, entonces aún intactas. Como conocía yo a fondo el lenguaje de los sordomudos, servía de intérprete a Valentín en sus tratos y regateos para contratar modelos. Por mi intervención posaron para él incansablemente el tío Romualdo, de Zamarramala —el anciano de cráneo desnudo y reluciente—, y la señora Basilia, de Segovia, que fueron sus modelos predilectos en infinidad de lienzos reiterados.

El pintor pasaba en Segovia, en el Palacio de Cheste, donde contaba con un buen estudio, varios meses al año. A la noche, cansado él de pintar y ambos de pasear, comentábamos nuestras impresiones cotidianas con la discreta e inteligente señora de la casa. Valentín de Zubiaurre se nos aparecía entonces como un tremendo revolucionario. Adoraba a los primitivos italianos y neerlandeses, al *Greco*, a los impresionistas de Francia y con

menos pasión a Goya. Detestaba a Velázquez y a Sorolla, de quienes decía que no eran otra cosa sino maravillosas máquinas fotográficas desprovistas de sensibilidad. En literatura eran sus ídolos Baroja y *Azorín* y los hermanos Quintero sus víctimas predilectas. Valentín se hacía eco entonces del ambiente de su generación, que hoy nos parece tan moderada y circunspecta.

Años más tarde, en aquel París que precedió inmediatamente a la Gran Guerra, en plena fiesta mortal y divina cuyo trágico final auguraba Ruben, fue Valentín mi guía y mi mentor. Sus tertulias en su estudio de la calle de Cedaceros divertían en Madrid mis ocios de estudiante. A ellas concurrían Juan Ramón Jiménez y Zenobia, el maestro *Azorín*, Ricardo Gutiérrez Abascal —*Juan de la Encina*— y buen número de artistas y de escritores. Todo ello, tan cercano todavía, se ofrece a mi recuerdo como un mundo hundido para siempre en los abismos de la Eternidad.

Habiéndome dejado tentar demasiado de la peligrosa sirena de los recuerdos juveniles, retornaré al objeto de mi disertación: el recuerdo de la vida y de la obra del artista desaparecido.

Valentín de Zubiaurre y Aguirrezabal, vasco por sus cuatro linajes, nació en Madrid en el hogar de un gran músico, D. Valentín de Zubiaurre, miembro que fue de esta Academia, Maestro de Capilla del Palacio Real. Cuando nació deseaba su padre ardientemente que continuase su tradición. Le hizo pasear sus manitas por el teclado de un piano y fue inmensa su amargura al ver la imposibilidad que la Naturaleza oponía a este anhelo, ajeno de que la gloria esperaba al niño por bien distintos caminos. A los dos hermanos la dedicación maternal les proporcionó una educación tan perfecta que pudiera casi suplir sus deficiencias nativas y ambos fueron artistas precoces. Un pintor sordomudo, Daniel Perea, famoso por sus composiciones taurinas en *La Lidia*, les enseñó los rudimentos de dibujo. Luego fueron alumnos de la Academia de San Fernando, uno de los lugares de Europa donde mejor se enseñaba y se enseña a pintar y a la cual

cabe mucha parte en la fortuna de los pintores españoles, aún de los abstractos.

Fueron muy prematuros sus éxitos en el ámbito internacional, y de ello fui excepcional testigo, pues solía servirles de intérprete en sus tratos con críticos y marchantes extranjeros. No he de enumerar ahora la larga serie de sus recompensas y de sus honores ni me es posible tampoco resumir las críticas que entre 1910 y 1920 hicieron de su pintura los comentaristas más reputados de Europa. Los hermanos Zubiaurre gozaron de la fortuna propicia a cuantos artistas supieron encarnar los ideales de su generación. En ellos, como en otros pintores de su tiempo, la influencia de los literatos fue muy intensa. Precisamente por esta adaptación a un ambiente cultural y artístico, efímero al cabo, aquella estimación universal de su pintura ha decaído algún tanto; pero bien se puede ponderar lo que hay en el arte de Valentín hay de permanente y de ejemplar.

Su temario, poco diverso, se reparte entre los valles recoletos del país vasco, esparcido de blancos caseríos, visto a una luz templada por el ambiente acuoso, como escenario de ancianos de recia contextura, de mozos garridos y de doncellas de cara de manzana y ojos inocentes de paloma; y como contraste, los paisajes lunares de la meseta, iluminados por la luz inverosímil y exacta de los ocasos, en los cuales actúan viejos cubiertos por la capa parda y ancianas de refajos de un amarillo limón. Las naturalezas muertas que sirven de accesorio a estas escenas son admirables y están hechas con primor de primitivo. También pintó Valentín excelentes retratos impregnados de delicadeza y espiritualidad.

Dibujante certero, su pintura es siempre expresiva; se ha dicho pintura de sordomudo, que hace hablar por signos a sus personajes, cuyas manos son parlantes como las de los modelos de *El Greco*. El gran acierto de Valentín de Zubiaurre fue la armonía admirable de sus composiciones, como si latiera en el fondo de su alma un heredado ritmo musical que no le fue posible percibir. Era un colorista exquisito y delicado que fundía sus personajes y sus fondos en la luz dorada de los crepúsculos castellanos o en el ambiente gris verdoso de su amadísimo valle de Garay.

¡Gran generación es esta que vemos cada día desflorarse y desaparecer! Si nuestra España puede enorgullecerse de una de las culturas más excelsas de Europa, es, sin duda, por dos centurias: la que va de mediados del siglo xvi a la muerte de Velázquez y la que se podría contar desde los años de Fernando VII, en que aún pintaba Goya, a los de Alfonso XIII, en que la gran abundancia de grandes pintores y de escritores excelsos abruma a los que han de escribir la historia de estos períodos. Sintámonos orgullosos de la generación de Valentín de Zubiaurre, de la cual vosotros sois jalones fundamentales. Si pasa todo, aun la gloria humana, y nada es permanente, ni siquiera el mundo sideral, nuestra única esperanza está en la suprema Misericordia, la que habrá acogido a quien conservó siempre en su alma la profunda religiosidad que ha hecho tan fuerte a la raza de Vasconia.